

que uno abra un nuevo camino; y en cuanto á mí, no me apartaré de la sabiduría de mis antepasados.

CAPITULO XXIV.

OVEJAS PERDIDAS.

Y Filemon? Largo tiempo permaneció en la calle, por la parte exterior del teatro, demasiado fuera de sí para resolverse á nada; y antes de recobrase, la multitud empezó á salir por todos lados y á llenar la calle, como corriente desbordada.

Entonces, habiendo oido el nombre de su hermana, en tono, ora de lástima, ora de desprecio y horror, mezclarse con sus coléricas exclamaciones, despertó de su letargo, y cruzando por en medio de la muchedumbre, se dirigió á la casa de Pelagia.

Estaba cerrada, y á sus repetidos golpes apareció en el postigo un negro de insolente cara.

Le preguntó con ardor é instintivamente por Pelagia, y el negro respon-

dió que no habia vuelto: Wulf tampoco estaba allí. Entonces se arrimó á la puerta y aguardó, laténdole el corazón fuertemente con el temor y la esperanza.

Al fin se presentaron los godos, atravesando por entre la multitud en columna cerrada. No traian literas. ¿Dónde, pues, estaban Pelagia y sus amigos? ¿Dónde la aborrecida figura del Amal? ¿Dónde Wulf y Smid? Los godos venian precedidos por Godorico y Agilmundo, con los brazos cruzados, la frente arrugada y los ojos bajos: el áspero disgusto, no exento de vergüenza, que se retrataba en todas las fisonomías, recordó á Filemon nuevamente la infamia de su hermana.

Godorico pasó cerca de él, y Filemon preguntó por Wulf. . . . no atreviéndose á nombrar á Pelagia.

— ¡Fuera, perro griego! Bastante hemos visto hoy de lo que es capaz tu raza. ¿Cómo? ¿tratas de seguirnos?

Y el jóven desenvainó su espada tan rápidamente, que Filemon apenas tuvo tiempo para ponerse de un salto en medio de la calle, donde esperó ansioso hasta que la puerta se cerró otra vez,

y la casa quedó en el mismo silencio de antes.

Estuvo allí por espacio de una hora, mientras que la multitud se espesaba en vez de alejarse, y los esparecidos grupos empezaron á formarse en masas y á recorrer las calles con gritos de: *¡Abajo los paganos! ¡Abajo los idólatras! ¡Venganza contra todos los prostituidos blasfemos!*

Al cabo se oyó el paso firme de las legiones, y en medio de las brillantes líneas de hombres armados venia ¡oh gozo! una séric de literas.

El jóven se avalanzó y llamó repetidas veces á Pelagia por su nombre. Una vez le pareció oír que le respondian, pero los soldados le repelieron.

—Está segura, loco, y ha visto y sido vista bastante hoy ya. ¡Atrás!

—¡Permitidme hablarla!

—E-o atañe á ella; á nosotros dejarla segura en su casa.

—Permitidme entrar con vosotros, os lo suplico.

—Si quieres entrar llama cuando nos háyamos ido, que si tienes ocupacion dentro, supongo te abrirán. ¡Afuera, tanto importuno!

Y un golpe dado con el regaton de la lanza en el pecho, le envió rodando hasta media calle; mientras que los soldados, una vez desempeñada su comision, se volvieron con la misma estólida indiferencia. En vano Filemon llamó de nuevo á la puerta: la única respuesta que recibió fueron maldiciones y amenazas del negro; al fin, desesperado, subió por una calle y bajó por otra, empenándose inútilmente en formar algun plan de accion hasta que el sol se puso.

Entonces, rendido de fatiga, tomó el camino de su casa. Asáltóle la idea de acudir á Miriam; si bien era repugnante pedir auxilio á la vieja, verdadera causa de la vergüenza de su hermana. Pero quizá consiguiese para él una entrevista con Pelagia, segun lo habia prometido. ¡Recordó en seguida la condicion que habia puesto la vieja á su socorro; recordó que debia ver á su hermana y dejarla en el mismo estado!... ¡Horrible contradiccion! Pero ¿no podia valerse de Miriam para sus fines? ¿Tenderle un lazo?... ¿Engañarla?... porque á esto se reducía. La tentacion fué grande; mas solo duró un momento. ¡Ha-

bia de corromper tan pura causa con la falsedad?... Y pasando aprisa por delante de la puerta de Miriam, que apenas se atrevió á mirar, no fuera que la tentacion le acometiese de nuevo, subió á su cuartito, abrió la puerta y se detuvo asombrado.

Una muger cubierta con un largo velo negro, estaba de pié en el centro de la habitacion....

—¿Quién eres? ¡Este sitio no es para tí! exclamó Filemon al cabo de un minuto. Ella respondió únicamente con un estremecimiento y un suspiro... El jóven percibió, bajo los pliegues del velo, un chal de color de azafran, que conocia muy bien, y avalanzándose á ella como el leon al cordero, estrechó contra su seno á su hermana.

El velo cayó de su hermosa frente. Miró por un instante á Filemon como asustada, pero no halló mas que amor en su fisonomía... Y reuniendo sus corazones, los hermanos mezclaron sus santos ósculos, como en satisfaccion de las dudas de su mútuo cariño.

Muchos minutos pasaron en silenciosa alegría.... Filemon no osaba hablar; no se atrevia á preguntarla cómo esta-

ba allí.... ni á despertar el recuerdo del horrible presente con preguntas sobre lo pasado, sobre sus padres, su patria, su historia.... ¿No le bastaba tenerla á su lado?... ¿No le bastaba ver que por su propia voluntad.... la oveja extraviada.... habia vuelto junto á él?... Y sus lágrimas corrian juntas al estrecharse sus mejillas.

Al cabo Pelagia habló.

—Debiera haberte conodido... ¡Te conocí desde el primer dia! Cuando me dijeron que te parecias á mí, sentí estremecerse mi corazon, y una voz murmuró... ¡pero no queria oirla! ¡Me avargonzaba... sí, de conocer á mi hermano, por quien habia suspirado y al que habia buscado tanto tiempo!... Me avergonzaba de pensar que tuviese hermano.... ¡Dios mío! ¿y cómo no habia de avergonzarme?

Y se desprendió de los brazos del jóven, arrojándose en el suelo.

—¡Pisame! ¡maldíceme!.... Haz de mí lo que quieras, menos separarme de él.

Filemon no tuvo valor para contestarla; pero hizo un ademan involuntario de doloroso disentiimiento.

—¡No! ¡Llámame como merezco!...  
¡Como él acaba de llamarme!... ¡pero  
no me lleves lejos de aquí! ¡Hiéreme,  
como él acaba de herirme!... ¡Todo, me-  
nos su ausencia!

—¿Te ha herido? ¡Maldígale Dios!

—¡Ah! ¡no le maldigas!... No hizo  
mas que tocarme... y yo tuve la culpa...  
Le irrité... Le reprendí... Estaba loca...  
¡Oh! ¿por qué me habrá engañado? ¿por  
qué me dejaría bailar? ¿por qué me lo  
ordenaría?

—¿Ordenártelo?

—Dijo que no debíamos faltar á nues-  
tra palabra. No quiso oirme cuando le  
contesté que podíamos negar la oferta  
hecha. Le dije que promesas empeña-  
das en momentos de embriaguez, no  
debían cumplirse.... Y Orestes estaba  
tambien ébrio. Pero me respondió que  
podia enseñar á un godo á ser lo que  
me diese la gana, menos á mentir. ¿No  
era raro este modo de hablar?... Y  
Wulf le aconsejó que se mantuviese  
firme, y le bendijo por ello.

—Tenia razon, dijo Filemon suspi-  
rando.

—Entonces me figuré que me ama-  
ria por obedecerle, aunque lo dudaba.

¡Oh Dios! ¡Cuánta repugnancia sentia!...  
Pero ¿cómo habia de imaginar que le  
disgustase el que cumpliera su man-  
dato? ¿Quién ha visto ha nadie obrar  
por su voluntad, y sin embargo, contra  
su gusto?

Filemon suspiró otra vez, cuando la  
pobre salvaje civilizada le manifestó,  
sin el menor artificio, hasta dónde lle-  
gaban sus tinieblas morales. ¿Qué ha-  
bia de decir? No lo sabia.... El mal era  
tan patente, que cualquiera de los chi-  
cos de escuela de Cirilo hubiera seña-  
lado el remedio. Pero ¿cómo decirlo?  
¿Cómo decir á Pelagia, ante todo, el que  
no habia esperanza de que se casase  
con el Amal, y que así, no encontraria  
paz hasta que renunciara á él comple-  
tamente?

—¿Entonces aborreces al... al?... dijo  
el monge buscando algun rayo de luz.

—¡Aborrecerle! ¿Acaso no le perte-  
nezco en cuerpo y alma?... ¿Acaso no soy  
suya... solo suya? y sin embargo.... ¡Oh!  
debo decírtelo todo.... ¡Cuando las otras  
jóvenes y yo empezamos á ensayar, los  
antiguos sentimientos se renovaron....  
el placer de ser admirada y aplaudida....  
ademas, el baile es tan delicioso! ¡Es

tan delicioso saber que se está haciendo algo de una hermosura perfecta, y en que no se tiene igual!... Y él vió que me gustaba el baile, y por eso me despreció.... ¡Como si mucha parte del trabajo que me tomé no fuera para agradecerle, para mostrar en su presencia de lo que era capaz, para arrancar admiracion y depositarlo todo luego á sus piés, haciendo decir otra vez al mundo: "Toda Alejandria la adora, y no obstante, prefiere ese godo a...." ¡Pero me engañaba, como hombre que es! Quería disfrutar de mis sonrisas hasta el último momento, y en seguida repelerme, aprovechando la primer excusa.... Demasiado cobarde para censurarme, dejó que me arruinara yo misma, evitándose así el trabajo de arruinarme él. ¡Hombres! ¡Hombres! ¡son todos iguales! Nos aman por su propio interés, y nosotras los amamos por interés del amor. Vivimos por amor, morimos por amor, y con todo, no lo hallamos nunca, sino egoismo con máscara de amor.... ¡Y así lo aceptamos, pobres, sensibles y ciegas criaturas!.... ¡Y á pesar de los envenenados corazones que nos rodean, nos persuadimos que entre todos los hombres sin

fé, hay uno incapaz de mudanza, nuestro tirano, al que creemos mas que hombre!

—Pero te ha engañado, y no te debe quedar duda de tu error. ¡Déjale, pues, como merece!

Pelagia le miró con tierna sonrisa.

—¡Pobrecillo! ¡Qué poco entiendes de amor!

Filemon, sin saber qué pensar de esta nueva y estraña faz de la pasion amorosa, no acertó á decir mas que:

—¡Y no me amas tambien á mí, hermana mia?

—¡Qué si no te amo?.... ¡Pero no como le amo á él! ¡Oh! ¡calla, calla!... ¡aun no puedes comprender!....

Y Pelagia se cubrió el rostro con las manos, temblándole entretanto convulsivamente los miembros....

—¡Debo hacerlo! ¡Lo debo! ¡A todo me atreveré, por el amor! ¡Vé á ella!... ¡á la filósofa!... ¡á Hipatia! ¡Ella te ama! ¡Lo sé! y te escuchará, al paso que á mí no me daría oido.

—¡Hipatia! ¡Ignoras que estuvo sentada en el teatro, contemplando inmóvil!....

—¡Fué allí por fuerza! Orestes la

obligó, según me ha dicho Miriam, y lo conocí en su semblante. Cuando pasé junto á ella, miré hacia arriba, y estaba pálida como el marfil, y trémula. Había una sombra oscura en torno de sus ojos, y ví que había estado llorando. Por cierto que me burlé, en mi loca presunción, y dije: “Mas parece que van á crucificarla, que no que va á casarse...” ¡Pero ahora, ahora!... ¡Oh, vé á ella! ¡Dile que le daré cuanto poseo.... joyas, dinero, vestidos, casa! Dile que yo.... yo misma... le suplico me perdone; que me arrastraré á sus piés y la rogaré, si lo exige. Solo le pido en cambio que me enseñe.... que me enseñe á ser sabia, buena, honrada y respetada como ella lo es. Suplicala que revele á una pobre y desolada muger su secreto. Ella puede hacer que el viejo Wulf y él, y aun Orestes y los magistrados, me respeten.... ¡Ruégala que me enseñe á ser como ella, á conseguir que él me respete, y le daré todo.... todo!

Filemon vacilaba. Había en su interior algo que le advertía, como el demonio á Sócrates, que todo empeño en el particular sería inútil. Se acordaba del teatro, del labio firme y comprimido

de Hipatia, y en su furor contra el idolo que adoraba poco antes, no hacía memoria de los hundidos ojos que tan gran agonía expresaban.

—¡Oh, vé, vé! Te repito que estaba allí contra su voluntad. Sentía por mí, lo conocí.... ¡Oh, Dios! cuando yo no sentía por mí misma. Y la odiaba, porque parecía despreciarme en mi loco triunfo. Ahora, de seguro, no me despreciará en mi miseria.... ¡Vé, vé! ó me reducirás al extremo de ir yo misma.

No había sino un camino que emprender.

—¡Me aguardarás aquí? ¡No me dejarás otra vez?

—No. Pero no te detengas. Si sabe que estoy fuera, creerá.... ¡Cielos! ¡que me mate, pero que no tenga celos nunca de mí! ¡Vé al instante! Toma esto como prenda.... es el cesto que llevaba en el teatro. ¡Objeto terrible! ¡Me es insoportable su vista! Mas le trage con idea, si no le hubiera arrojado al canal. Tómalo, ¡dí que es solo una prenda.... una prenda de lo que le daré!

Dentro de diez minutos estaba Filemon en casa de Hipatia. La servidumbre parecía llena de terror, reinaba mu-

cho desórden y se veían soldados por todas partes. Al fin pasó la doncella favorita de Hipatia y le conoció. Su señora no podía recibir á nadie; y en cuanto á Teon, se habia encerrado tambien. Filemon necesitaba, queria hablarle, y alegó sus razones tan apasionadamente y con tal dulzura, que la doncella, tierna de corazon é incapaz de resistir á tan hermoso suplicante, le condujo á la librería, donde el anciano, pálido como la muerte, se estaba paseando arriba y abajo, casi fuera de sí de terror.

El mensaje de Filemon encontró al principio oídos indiferentes.

—¡Un nuevo discípulo! ¡Buen tiempo es este de discípulos, cuando ni mi casa, ni la vida de mi hija están seguras! ¡Miserable de mí, que con mi loca ambicion y mi codicia la he hecho caer en el lazo!... ¡Oh, hija mia! ¡hija mia! ¡mi único tesoro! ¡Oh! la maldicion que ha de abrumarme será doble, sí....

—Ella no pide mas que una entrevista.

—¡Con mi hija!... ¡Pelagia? ¡Tratas de insultarme? ¡Supones, aun cuando su piedad la impulsara á degradarse

si misma, que yo la permitiria contaminar de ese modo su pureza?

—Tu terror excusa tu grosería.

—¡Grosería!... Quien la ha cometido eres tú, viniendo á molestarnos en tales momentos.

—Entonces esto me escuse quizá á tus ojos.

Y Filemon sacó el cesto.

—Tú eres mejor juez que yo, tocante á su valor. Pero estoy comisionado para decir que es solo una prenda de lo que ella dará diariamente y de una vez, alargándose hasta la mitad de su riqueza, por el honor de ser discípula de tu hija.

Y puso en la mesa el cinturon adornado de joyas.

El anciano se detuvo. Las esmeraldas y perlas brillaban como la via láctea. Las miró, y continuó paseando con mas lentitud... ¡Qué podria valer? A lo menos pagarian todas sus deudas... Y despues de andar arriba y abajo otro minuto delante del cebo, se volvió á Filemon.

—Si me prometieses no hablar de ello á nadie....

—Lo prometo.

—¿Y en caso de que mi hija, como creo, se niegue?...—

—Que se quede con las joyas. Su dueño ha aprendido, gracias á Dios, á despreciarlas y aborrecerlas. Que se quede con las joyas.... y con mi maldición. ¡Haga Dios conmigo lo mismo, y aun mas, si volviese á verla en mi vida!

El anciano no oyó las últimas palabras de Filemon. Habia cogido el ceñidor con el ansia de un cocodrilo y corrido al cuarto de Hipatia, mientras que Filemon permaneció en la librería, poseído de una nueva y terrible duda. *¿Degradarse? ¿Contaminar su pureza? ¿Si esta idea seria el fruto de toda la filosofía de Hipatia! ¿Si no produciria mas que egoismo, orgullo, fariseismo! ¿No los habia producido ya? ¿Cuándo la habia visto socorrer ni siquiera compadecer al pobre, al desvalido? ¿Cuándo la habia oido pronunciar una sola palabra de verdadera simpatía hácia el infeliz.... hácia el pecador?... Perdido estaba aún en estos pensamientos, cuando Teon volvió á entrar con una carta de "Hipatia á su muy amado discípulo."*

"Te compadezco.... ¿cómo no lo haria?... aun mas, te doy las gracias por

tu petición, pues me muestra que mi involuntaria presencia en el horrible espectáculo de hoy, no ha alejado de mí una alma, cuyas mas nobles esperanzas habia fomentado, y para la cual habia trazado el mas alto destino. Pero... ¿cómo le diré? Pregúntate á tí mismo si no tiene que sobrevenir un cambio en esa por quien pides, antes que ella y yo podamos vernos. No soy tan inhumana que te culpe por haberte dirigido á mí con semejante súplica; tampo á ella la culpo de ser lo que es. Debe seguir su naturaleza; ¿quién ha de irritarse contra ella, si el destino á querido formar tan hermoso animal con espíritu tan grosero y terreno? ¿Por qué se ha de compadecerla? Polvo es, y al polvo tiene que volver; mientras que tú, en quien al nacer descendió una chispa mas divina, debes elevarte y dejar sin pena en el fango á una persona unida á tí tan solo por los falsos y pasajeros vínculos de la carne."

Filemon estrujó la carta en sus manos y salió de la casa sin despegar los labios.

La filosofía no tenia, pues, evangelio para la prostituta. ¡En su boca no habia



una palabra para el pecador, para el ente degradado! Pelagia debía seguir su destino, y ser baja, miserable, condenarse á sí misma. Debía ahogar la voz de la conciencia y de la razon, siempre que se despertasen dentro de ella, y creer por fuerza que estaba destinada á ser, lo que conocia que estaba destinada á no ser. Debía cerrar los ojos de la miseria presente y palpable que le advertia, con la voz de Dios mismo, que las olas del pecado son muerte. Era polvo, y al polvo habia de volver. ¡Gloriosa esperanza para ella, para él, que se sentia dispuesto á renunciar á una eterna dicha, si la separaba de su recién hallado tesoro! ¡Polvo era, y al polvo habia de volver!

¡Desgraciada Hipatia! Si necesitaba aplicar mal, segun la costumbre de su escuela, uno ó dos textos de las Escrituras hebreas, ¿qué idea fatal le indujo á citar éste? Porque entonces brillaron de repente en la memoria de Filemon, con letras de luz, viejas palabras olvidadas durante muchos meses, y antes de advertirlo, se encontró repitiendo en voz alta y con pasion: “Creo en el perdón de los pecados, en la resurreccion

de la carne, en la vida perdurable...” Y entonces se presentó ante él clara y hermosa la vision del Dios-Hombre cuando estaba sentado á la mesa del Fariseo, y la de la muger que le lavaba los piés con sus lágrimas y se los limpiaba con el cabello... Y desde lo mas hondo de su afligido corazon exclamó: “Bienaventurada Magdalena, interceded por ella.”

Hasta ahí pudo elevarse, pero no pasar mas allá. Porque la idea del Dios-Hombre se retiraba á alturas cada vez mas terribles é insondables en los entendimientos de una generacion que olvidaba su amor en su poder, y prácticamente perdia de vista su humanidad al sostener con tal ardor doctrinal su divinidad. El corazon de Filemon era eco del espíritu de su siglo, cuando juzgó presuncion en un apóstata como él pedir luz ó ayuda á la cabeza misma. ¿Cómo, despues de haber negado á su Señor, y de haberse apartado voluntariamente de la comunión de la Iglesia Católica, podria entrar de nuevo en ella y apaciguar la cólera de aquel que habia muerto en la cruz, á no ser á costa de muchos años de oracion y penitencia?

— ¡Necio de mí! ¡Cuán ambiciosa y vana ha sido mi necesidad! ¡Por esto he renunciado á la fé de mi niñez! ¡Por esto he escuchado palabras que me hacían estremecer, he gemido bajo el peso de mis dudas y disgustos, y he tratado de persuadirme que los reconciliaría con el cristianismo... que ajustaría una mentira en el molde de la verdad! ¡Por esto alimento la loca esperanza de llegar á ser distinto de los demás hombres, superior á mi especie! No me bastaba ser un hombre hecho á la imágen de Dios, sino que necesitaba ser Dios, conocedor del bien y del mal.... ¡Y este es el resultado! ¡Apelo á mi filosofía para que me ayude en una verdadera lucha humana, y se cruza de brazos, serena y silenciosa, riéndose de mi miseria! ¡Oh, necio, necio! ahí tienes el fruto de tus designios! ¡Vuelve á tu antigua fé! ¡Vuelve á tu casa después de tantas incursiones! ¿Y cómo he de volver? ¿No se me han cerrado las puertas? Quizá también á ella.... ¿No podrá ser que, como á mí, se le haya administrado el bautismo?

Esta idea le asaltó terrible y desconsoladora, cuando en la primera reaco-

cion de su conciencia retrocedió entera é implícitamente á la fé de su niñez, y se le representaron todas las teorías populares de su época con todos sus terrores. En la inocente sencillez de los Lauros nunca había sentido su fuerza; ahora era diferente. Si Pelagia estaba bautizada, ¿no la aguardaban penas eternas? Ante ella, como ante él, se dibujaban una vida de frío y hambre, de suspiros y lágrimas, de soledad y horrible incertidumbre. En lo porvenir, la vida sería para ambos un calabozo. ¡Que lo fuese! No había otra cosa en que creer. Era la única roca de esperanza en la tierra y en el cielo. Esto á lo menos ofrecía alguna posibilidad de perdón, de enmienda, de virtud, de recompensa.... sí, de eterna gloria y bienaventuranza. Y aunque Pelagia no lograra nada de esto, mejor para ella era una celda en el desierto, que una vida de impuras orgías. Si este último era su destino, como decía Hipatia, á lo menos moriría combatiendo contra él, desafiándolo, maldiciéndolo. La virtud con infierno debía preferirse al pecado con cielo. Además de que Hipatia no le había prometido ni aun cielo. La resur-